

Nos hemos detenido en estos pormenores, pueriles quizás, á fin de dar una idea del buen gusto de la marquesa, y porque ciertas miserias ocultas, ciertas desgracias misteriosas parecen todavía más crueles cuando contrastan con las apariencias de lo que á los ojos del vulgo hace la vida feliz y digna de envidia. Clemencia, sentada en lujoso sillón, y sencillamente peinada, llevaba un vestido de terciopelo negro, sobre el cual brillaba el maravilloso trabajo de su ancha pañoleta, y las vueltas de encaje de Inglaterra que modificaban el efecto del negro terciopelo en la cándida blancura de la hermosa dama.

Crecía la angustia de la marquesa á medida que se acercaba el momento de su entrevista con Rodolfo: mas sin embargo, la confusión dejó lugar á ideas más fijas, de modo que después de maduras reflexiones abrazó el partido de confiar á Rodolfo un grande y cruel secreto, con la esperanza de que su extremada franqueza le granjearía la estimación de Rodolfo. Su antigua inclinación á éste estimulada ahora por la gratitud, adquirió nueva fuerza. Uno de aquellos presentimientos que pocas veces engañan á un corazón inocente, le decía que la llegada del príncipe tan á tiempo para salvarla no era hija de la casualidad y que el haber dejado de verla desde algunos meses á aquella parte procedía de un sentimiento muy distante de la aversión. Todo esto hacía que Clemencia dudase aunque vagamente de la sinceridad del afecto de Sara. Sorprendióla en medio de estas reflexiones un criado, que después de llamar á la puerta, preguntó á su señora si podían entrar madama Asthon y la señorita.

— Sí, dijo la marquesa; y al punto entró en la sala su hija, niña de cuatro años, cuyo rostro habría sido encantador sin su enfermiza palidez y su extremada flaqueza. Madama Asthon, su aya, la conducía por la mano, mas á pesar de su debilidad, Clara corrió hacia su madre, tendiéndole los brazos. Su salud era tan delicada que llevaba una bata de seda gris acolchada, en vez de uno de esos vestidos de ligera muselina blanca y bien escotado, como á su edad hubiera correspondido, á fin de que se vieran los torneados brazos y las espaldas blancas y lustrosas, que tanto agradan en las criaturas robustas. Las facciones de aquella niña eran por decirlo así tan reducidas, que sus grandes ojos negros parecían enormes; mas á pesar de aquel exterior débil, brilló en el rostro de Clara una sonrisa llena de gracia cuando estuvo sentada encima de las rodillas de su madre que la abrazaba con triste y apasionada ternura.

— ¿Ha tenido alguna novedad? preguntó la marquesa al aya.

— No, señora, aunque ha habido momentos en que lo he temido.

— ¡Es posible! añadió la madre apretando á la hija contra su pecho, con un movimiento de espanto involuntario.

— Afortunadamente no ha sido nada y la señorita se ha calmado. Aunque por la tarde ha hecho poca siesta, no ha querido acostarse sin venir á dar un abrazo á mi señora la marquesa.

— ¡Pobre ángel mío!

Correspondía la niña á los besos de su madre con infantiles y alegres caricias, cuando el criado abrió las dos hojas de la puerta del salón y dijo: S. A. R. monseñor el gran duque de Gerolstein. Clara puesta en pie sobre las rodillas de su madre le había echado los brazos en derredor del cuello y la abrazaba estrechamente. Al aspecto de Rodolfo encendiósele el color á Clemencia, que puso dulcemente á su hija en el suelo, hizo seña á madama Asthon para que se la llevara, y se levantó. Rodolfo después de saludar con respeto á la marquesa le dijo sonriéndose: ¿Me permitiréis, señora, que renueve mis relaciones con mi antigua amiga que temo me haya olvidado? é inclinándose un poco alargó la mano á Clara, que de pronto fijó sus grandes ojos en el príncipe; hizo un gracioso gesto con la cabeza y saludó con la mano llevándola á la boca sonriente.

— ¿Conoces á monseñor? preguntó Clemencia á Clara; y ésta indicó que sí con la cabeza y envió un beso á Rodolfo.

— Me parece que está mejor, dijo él.

— Mejor está, monseñor, aunque no buena.

XVI

LAS REVELACIONES

La marquesa y el príncipe, estaban á la vez preocupados con su entrevista y casi se alegraban de que Clara interrumpiera la conversación con su presencia; pero la criada discretamente hizo salir á aquella de la habitación y Rodolfo y Clemencia se encontraron solos.

La silla de madama de Harville estaba colocada á la derecha de la chimenea, en la cual Rodolfo puesto de pie apoyaba ligeramente el codo izquierdo. Nunca le habían agradado tanto á Clemencia el noble y gracioso conjunto de las facciones del príncipe, ni nunca su voz le había parecido tan dulce y tan vibrante. Conociendo Rodolfo cuán penoso debía serle á la marquesa comenzar aquella conversación, tomó la iniciativa y dijo: Habéis sido víctima de una traición indigna, señora, y la infame delación de la condesa Mac-Gregor os ha puesto á pique de perderos.

— ¿Es posible, monseñor? exclamó Clemencia. ¡Ah! mi corazón no me engañaba; ¿y cómo ha sabido V. A....?

— Ayer en el baile de la condesa descubrí casualmente el secreto de esa infamia. Estaba sentado en un lugar obscuro del jardín de invierno, cuando la condesa y su hermano sin observar que de ellos me separaba una verja cubierta de follaje, vinieron á sentarse junto á mí y empezaron á hablar de sus proyectos y del lazo que querían tenderos. Para advertiros del peligro en que os hallabais, me fui inmediatamente al baile de madama Nerval, esperando

encontraros allí; pero no fuisteis. Escribiros hubiera sido exponerse á que mi carta cayese en poder del marqués, cuyas sospechas se aumentarían de este modo. Preferí pues aguardaros en la calle del Templo para frustrar la traición de la condesa Sara. ¿Queréis perdonarme el que os hable tanto tiempo de un asunto que debe seros desagradable? Á no ser por la carta que habéis tenido la bondad de escribirme... jamás os hubiera hablado de él.

Después de un momento de silencio, la marquesa de Harville dijo á Rodolfo:

— Monseñor, sólo de una manera puedo probaros mi gratitud... sólo haciéndos una confesión que á nadie he hecho jamás. Esta confesión no me justificará á vuestros ojos, pero acaso os hará considerar mi conducta menos culpable.

— Francamente, señora marquesa — dijo sonriendo Rodolfo — mi situación con respecto á vos es en extremo difícil.

Clemencia miró con sorpresa á Rodolfo al oírlo hablar con esta ligereza.

— ¡Cómo! ¡por qué, monseñor!

— Gracias á una circunstancia, que sin duda adivinaréis, me veo obligado á hacer el papel de... grave consejero, en un asunto que no debería tratarse con tanta gravedad, desde que os habéis salvado del lazo odioso que os tendió la condesa Sara... — Pero vuestro marido — añadió Rodolfo con una especie de seriedad dulce y afectuosa — es para mí como un hermano, y mi padre ha profesado al suyo la gratitud más afectuosa... Por esta razón os felicito por haber restituido á vuestro marido la seguridad y el reposo que necesitaba.

— Y por lo mismo que honráis con vuestra amistad al marqués de Harville, quiero yo, monseñor, revelaros toda la verdad... así con respecto á un *interés* que debe pareceros tan poco merecido como en realidad lo es... como con respecto á mi conducta, que ofende al que Vuestra Alteza tiene á bien mirar casi como un hermano...

— Será para mí una dicha, marquesa, el merecer la menor prueba de vuestra confianza. Sin embargo permitidme que os diga, con respecto á ese *interés* de que habláis, que ya sé yo que habéis cedido á un sentimiento de sincera compasión y al asedio traidor de la condesa Sara, que tenía motivos para querer perderos... También sé que habéis dudado largo tiempo antes de resolveros á dar el paso de que ahora os arrepentís.

Clemencia miró asombrada á Rodolfo.

— ¿Os sorprendéis? Otro día os revelaré el secreto, para que no me tengáis por hechicero — dijo el príncipe sonriendo. — Pero decidme ¿se ha tranquilizado enteramente vuestro marido?

— Sí, monseñor — repuso Clemencia bajando la vista y llena de confusión — y os aseguro que me atormenta cuando me pide perdón por haber sospechado de mi conducta, y cuando habla de mi modestia y del silencio que he guardado acerca de mis obras de caridad.

— Procurad mantener esa ilusión, no os arrepintáis, y alegraos, por el contrario, de su feliz error... Si me fuese permitido hablar con ligereza de esta aventura, y si no tuvieseis parte en ella, señora condesa... os diría que nunca procura una mujer ser más encantadora á los ojos de su marido, que cuando tiene una pequeña falta que ocultarle. Nadie puede figurarse la amabilidad seductora que inspira una conciencia poco limpia... Cuando yo era joven — añadió Rodolfo sonriendo — sentía cierta desconfianza, á pesar mío, cuando me trataban con extraordinaria ternura; y como yo nunca me sentía más dispuesto á ser amable que cuando tenía algún pecado que ocultar, cuando llegaba á conocer que había exageración en las caricias que me hacían, sospechaba siempre que esta armonía cariñosa ocultaba... una recíproca infidelidad.

Aumentaba por instantes el asombro de la marquesa de Harville, al oír hablar á Rodolfo en esa forma de un asunto que hubiera podido tener para ella tan funestos resultados: pero sospechando luego que con esta afectada ligereza quería el príncipe hacer menos importante el servicio que le había prestado, profundamente conmovida por este rasgo de delicadeza; dijo:

— Comprendo vuestra generosidad, monseñor... Tomadlo á broma, si gustáis, y olvidad el peligro de que me habéis sacado... Pero lo que yo tengo que deciros es tan grave, tan serio, tiene tal relación con los sucesos de esta mañana, y vuestros consejos deben serme tan útiles, que debo rogaros que os acordéis de que me habéis salvado el honor y la vida... sí, monseñor, la vida... ¡Mi marido me ha confesado que iba resuelto á matarme.

— ¡Gran Dios! — exclamó Rodolfo vivamente conmovido.

— Hubiera hecho bien... — repuso con amargura la marquesa de Harville.

— Creedme, marquesa — dijo Rodolfo con seriedad — no puede serme indiferente lo que á vos os interesa: si he hablado con ligereza hace un momento, ha sido para distraeros del suceso de esta mañana, que debió causaros una terrible impresión. Ahora os escucho atentamente, ya que me honráis con decirme que mis consejos pueden seros útiles.

— ¡Oh! sí, ¡de mucho pueden servirme! Pero antes debo deciros algunas palabras sobre los sucesos de otra época que ignoráis... del tiempo que ha precedido á mi casamiento con el marqués de Harville.

Rodolfo hizo una inclinación, y Clemencia continuó:

— Á la edad de diez y seis años perdí á mi madre — dijo la marquesa con los ojos arrasados de lágrimas: — sería imposible deciros cuánto la adoraba. Figuraos, monseñor, la bondad ideal personificada; la ternura con que me amaba era tal, que le servía de único consuelo en sus pesares... Como le gustaba poco el gran mundo, y además padecía mucho su mayor placer lo cifró en cuidarse de mi instrucción, porque lo sólido y variado de sus conocimientos la permitían llenar mejor que nadie la tarea que se había impuesto. Figuraos,

monseñor, cuál sería su asombro y el mío, cuando á la edad de diez y seis años, cuando mi educación se hallaba casi enteramente concluida, nos anunció mi padre, tomando por pretexto la débil salud de mi madre, que una viuda joven muy distinguida y muy interesante á causa de sus graves infortunios, se encargaría de terminar la obra comenzada por mi madre... Mi madre se opuso al deseo de su marido, y yo le supliqué, por mi parte, que no me confiase á ninguna persona extraña; pero mi padre se mostró inexorable á nuestros ruegos, y madama Roland, viuda de un coronel que había muerto en la India... según ella decía, se instaló en nuestra casa y se encargó de mi educación.

— ¡Qué decis! ¿es esa madama Roland con quien se casó vuestro padre poco después de vuestro casamiento?

— La misma, monseñor.

— ¿Era muy hermosa?

— De regular belleza, monseñor.

— Tendría mucho talento.

— El de ser artificiosa... disimulada y astuta... nada más... Tenía entonces unos veinte y cinco años, su cabello era de un rubio pálido, las cejas casi blancas, los ojos grandes, redondos y de un azul muy claro... su fisonomía humilde y melindrosa, y su carácter pérfido, bajo y cruel, aunque oculto por una bondad superficial.

— ¿Qué conocimientos poseía?

— Ninguno absolutamente, monseñor; y no puedo imaginar cómo mi padre, tan esclavo hasta entonces del decoro, no vió que la incapacidad de aquella mujer descubriría con escándalo de todos el verdadero motivo de su presencia en nuestra casa. Mi madre le hizo observar la profunda ignorancia de madama Roland, pero la respondió con un tono que no admitía réplica, que, sabia, ó no sabia, la interesante viuda desempeñaría en su casa la misión que la había confiado. Esto lo he sabido algún tiempo después. Desde entonces cayó mi madre en un profundo abatimiento, y creo que deploraba menos la infidelidad de mi padre, que los desórdenes domésticos que este trato indigno podía ocasionar... y del cual podía yo también percibirme.

— Pero, en efecto, aun por la misma conveniencia de su loca pasión, me parece que vuestro padre cometió un grave error introduciendo en su casa á esa mujer.

— Vuestra sorpresa se aumentaría, monseñor, si conocieseis el carácter rígido y ceremonioso de mi padre; era necesaria toda la influencia de madama Roland para conducirlo á un olvido tal del decoro; influencia tanto más eficaz, porque madama Roland la disfrazaba con el velo de una pasión violenta hacia mi padre.

— ¿Qué edad tenía entonces vuestro padre?

— Unos sesenta años.

— ¿Y creía en el amor de esa joven?

— Mi padre había sido uno de los hombres más dados á la moda en su mocedad... y madama Roland, obedeciendo á su instinto ó á ciertos consejos hábiles...

— ¡Consejos!... ¿y quién podría aconsejarla?

— Luego lo sabréis, monseñor.

— Adivinando que cuando llega á la vejez un hombre de buena fortuna, le gusta tanto más oír alabar el mérito de su persona, porque esto le recuerda la época más floreciente de su vida, madama Roland, ¡increíble os parecerá, monseñor! alababa la gracia de las facciones de mi padre, la elegancia inimitable de su talle y de toda su persona... y tenía sesenta años... Á pesar de la alta inteligencia que todos le atribuían, fué tal su obcecación, que cayó en este ardido grosero. Tal ha sido y tal es aún, no lo dudo, la causa de la influencia que sobre él ejerce esa mujer... Á pesar de mi triste situación, no puedo acordarme sin que asome la risa á mis labios de las veces que he oído decir y sostener á madama Roland, antes de casarme, que lo que ella llamaba la *verdadera madurez* y la *mejor edad de la vida*, no empezaba hasta los cincuenta y cinco años.

— ¡Precisamente la edad de vuestro padre!

— ¡La edad de mi padre, monseñor!... Á esa edad, decía madama Roland, es cuando el talento y la experiencia han adquirido su última perfección; á esa edad es cuando un hombre goza en el mundo de todas las consideraciones á que le es dado aspirar; entonces y solamente entonces se perfeccionan sus facciones y adquieren gracia sus modales. Finalmente, una ligera sombra de melancolía causada por los desengaños de la experiencia... completaba el encanto irresistible de la *verdadera madurez* según madama Roland; encanto que sólo pueden apreciar, añadía, las mujeres de sano entendimiento y de buen corazón, que no dan oídos á la elocuencia fogosa de los hombres aturdidos de cuarenta años, en cuyo carácter veleidoso no puede haber firmeza ni seguridad y cuyas facciones juveniles no se hallan aún poetizadas por la majestuosa expresión de la ciencia de la vida.

Rodolfo no pudo menos de sonreír al oír la elocuencia irónica con que la marquesa de Harville procuraba retratar á su madrastra.

— Hay una cosa que jamás puedo perdonar á las gentes ridículas — dijo á la marquesa.

— ¿Cuál es, monseñor?

— La maldad de corazón... porque esto impide el que uno se ría de ellas por completo.

— Acaso son malos por esa misma razón — dijo Clemencia.

— Lo creo con harta dolor; porque si yo pudiese, por ejemplo, olvidarme de

que esa madama Roland ha debido haceros mucho daño, me reiría de su invención de la *verdadera madurez*, en oposición del loco aturdimiento de los jóvenes de cuarenta años, que según los pinta parece que acaban de salir de la cáscara del huevo, como dirían nuestros abuelos.

— La causa principal de la aversión que tengo á esa mujer, es su odiosa conducta para con mi madre... y la parte activa que por desgracia ha tomado en mi casamiento — dijo la marquesa después de un momento de duda.

Rodolfo la miró sorprendido.

— D'Harville es vuestro amigo, monseñor — continuó Clemencia con voz segura. — Conozco la gravedad de lo que acabo de decir... pero luego me diréis si tengo ó no razón. Volvamos ahora á madama Roland, convertida en aya mía, á pesar de su indudable incapacidad. Mi madre tuvo por esto una seria y penosa discusión con mi padre, de cuyas resultas nos trató á las dos con el mayor desvío, y desde aquel día hemos vivido retiradas en nuestra habitación, mientras que madama Roland hacía públicamente los honores de la casa en calidad de instructora mía.

— ¡ Cuánto debió haber padecido vuestra madre !

— Y más por mí que por ella, monseñor; porque pensaba en lo futuro. Su salud, que era ya muy delicada, se agravó de manera que cayó enferma de peligro; y quiso la fatalidad que Mr. Sorbier, médico de la familia y en quien mi madre tenía entera confianza, muriese también por aquel tiempo. Madama Roland tenía por médico y por amigo á un doctor italiano de gran mérito, según ella decía; seducido mi padre por esta recomendación, consultó al doctor extranjero, lo recomendó á mi madre, y fué quien la asistió en su última enfermedad... Los ojos de la marquesa de Harville se arrasaron de lágrimas al pronunciar estas palabras. — Me avergüenzo de confesaros mi debilidad, monseñor — añadió — pero por la sola razón de que madama Roland había recomendado este médico á mi madre, le tengo un odio involuntario, y he visto con temor la confianza que le dispensaba mi madre, á pesar de que en punto á inteligencia en su profesión, el doctor Polidori...

— ¿ Qué decís, marquesa ? — exclamó Rodolfo.

— ¿ Qué tenéis, monseñor ? — dijo Clemencia llena de asombro al ver la expresión de la fisonomía de Rodolfo.

— Pero no — dijo para sí Rodolfo — no puede ser él... hace ya de esto cinco años, y me han dicho que Polidori no hace más que dos años que ha llegado á París, y que ha adoptado un nombre fingido... Es el mismo que he visto ayer... aquel charlatán conocido por el nombre de Bradamanti... Sin embargo... dos médicos del mismo nombre¹... ¡ qué coincidencia tan singular !... Marquesa, deseo

¹ Recordamos al lector que Polidori era un médico distinguido cuando se encargó de la educación de Rodolfo.

que me habléis dos palabras sobre el doctor Polidori — dijo Rodolfo á la de Harville que le miraba de hito en hito, y cuyo estupor crecía por momentos — ¿ qué edad tenía ese italiano ?

— ¿ Qué edad ? unos cincuenta años.

— ¿ Su cara... su fisonomía ?

— Sinistra... no olvidaré jamás sus ojos de color verdoso, y su nariz encorvada como el pico de un loro.

— ¡ Él es !... ¡ sin duda !... — exclamó Rodolfo. — ¿ Sabéis, marquesa, si está aun en París el doctor Polidori ?

— No lo sé, monseñor. Salió de París un año después del casamiento de mi padre; una de mis amigas, á quien asistía también entonces el doctor italiano... la duquesa de Lucenay...

— ¡ La duquesa de Lucenay ! — exclamó Rodolfo.

— Sí, monseñor... ¿ Por qué os extraña ?

— Permitidme que no os diga el motivo de mi sorpresa... ¿ Pero qué os decía en esa época la duquesa de Lucenay sobre el doctor Polidori ?

— Que desde su salida de París la escribía con frecuencia cartas muy interesantes sobre los diversos países que recorría, porque el doctor parece que viajaba mucho entonces... Ahora... me acuerdo que, hará cosa de un mes, he preguntado á la duquesa de Lucenay si había recibido noticias del doctor Polidori, y me respondió con algún embarazo que hacía mucho tiempo que no había oído hablar de él, que ignoraba su paradero, y que algunos decían si se había muerto...

— Es muy extraño — dijo Rodolfo acordándose de la visita de la duquesa de Lucenay al charlatán Bradamanti.

— ¿ Luego conocéis á ese hombre, monseñor ?

— Sí, por desgracia mía... Pero os ruego que prosigáis; ya os diré en otra ocasión quién es Polidori...

— ¿ Quién ? ¿ ese médico que ?...

— Decid más bien ese hombre que ha cometido los crímenes más odiosos.

— ¡ Crímenes ! — exclamó con asombro la marquesa : — ¡ ha cometido crímenes ese hombre... el amigo de madama Roland... el médico de mi madre ! ¡ y mi madre ha muerto en sus manos al cabo de alguno días de asistencia !... ¡ Ah ! monseñor, luego mi corazón no me ha engañado.

— ¿ Vuestro corazón ?

— Sí., hace un rato que os he hablado del horror que me inspiraba ese médico que nos había proporcionado madama Roland... pero no os he dicho todo lo que sentía, monseñor...

— ¿ Pero qué más hay ?

— Temo acusar á un inocente y ceder con demasiada facilidad á mi amar-

gura. Pero nada os callaré, monseñor. Cinco días duraba la enfermedad de mi madre y yo la velaba, cuando una noche subí á la azotea de nuestra casa para respirar el aire libre. Al cabo de un cuarto de hora volví á bajar, y al entrar en



Vi salir al doctor Polidori.

un corredor obscuro á favor de la débil luz que salía por la puerta del cuarto de madama Roland, he visto salir al doctor Polidori acompañado de esa mujer. Como todo estaba á obscuras no sospecharon que alguien podría oírlos, y

madama Roland dijo en voz baja algunas frases que no pude percibir. El médico respondió en voz inteligible estas palabras : *Pasado mañana* ; y como madama Roland le hablase otra vez en voz baja, el doctor volvió á responderle : *pasado mañana ; os digo que pasado mañana*.

— ¿Pero qué significado tenían esas palabras ?

— ¿Qué significaban, monseñor ? El miércoles por la noche el doctor Polidori decía *pasado mañana*... y el viernes... murió mi madre...

— ¡Qué horror !

— Después de este trance funesto me condujeron á la casa de unas parientas, que sin atender á la reserva debida á mi edad, me dijeron francamente los motivos que yo tenía para aborrecer á madama Roland, haciéndome ver la ambiciosa esperanza que aquella mujer debía concebir después de la muerte de mi madre. Entonces conocí todo lo que mi madre había debido padecer, así es que la primera vez que he vuelto á ver á mi padre, mi corazón se llenó de amargura : venía á buscarme para conducirme á Normandía, en donde debíamos pasar el primer luto. Por el camino me dijo, sin vacilaciones ni rodeos y como si fuese una cosa muy natural, que, por hacernos merced á él y á mí, madama Roland consentía en encargarse de la dirección de la casa y en ser mi amiga y directora.

Cuando llegamos á *Aubiers* (que así se llama la posesión de mi padre) la primera persona que nos salió al encuentro fué madama Roland, que había ido á establecerse allí el mismo día en que murió mi madre. Á pesar de su aire de humildad, dejaba entrever su alegría. Nunca olvidaré la mirada maliciosa que me dirigió al recibirme ; me pareció que decía : « Aquí soy yo la dueña, y tú la forastera. » Pero aun me esperaban amarguras de otra naturaleza, porque ya fuese por una falta imperdonable de buen tacto, ó bien por una impudencia insultante, madama Roland se había instalado en el mismo cuarto de mi madre. Llena de indignación, me quejé á mi padre de esta falta de respeto á la memoria de su esposa, y me respondió en tono muy severo que esto debía sorprenderme tanto menos, cuanto que era indispensable que me fuese acostumbrando á respetar á madama Roland como á mi segunda madre. Dijele que esto sería profanar un nombre sagrado, y á riesgo de enojarlo no perdí ocasión de manifestarle mi odio á madama Roland, hasta el punto de que muchas veces se irritaba hasta reprenderme delante de aquella mujer. Echábame en cara mi ingratitud y el desvío con que trataba al ángel que para nuestro consuelo nos había enviado la Providencia. Un día al oír esto no pude menos de decirle : « Señor, podrá serlo para vos, pero no para mí ; » esto dije y me trató con gran aspereza. Madama Roland intercedió por mí con voz hipócrita y compungida. « Sed más indulgente con Clemencia, » dijo ; « el dolor que causa la memoria de la recomendable persona cuya pérdida sentimos tanto, es